Administración Lírico-Dramática

CELSO LUCIO

CLAVELES DOBLES

JUGUETE CÓMICO

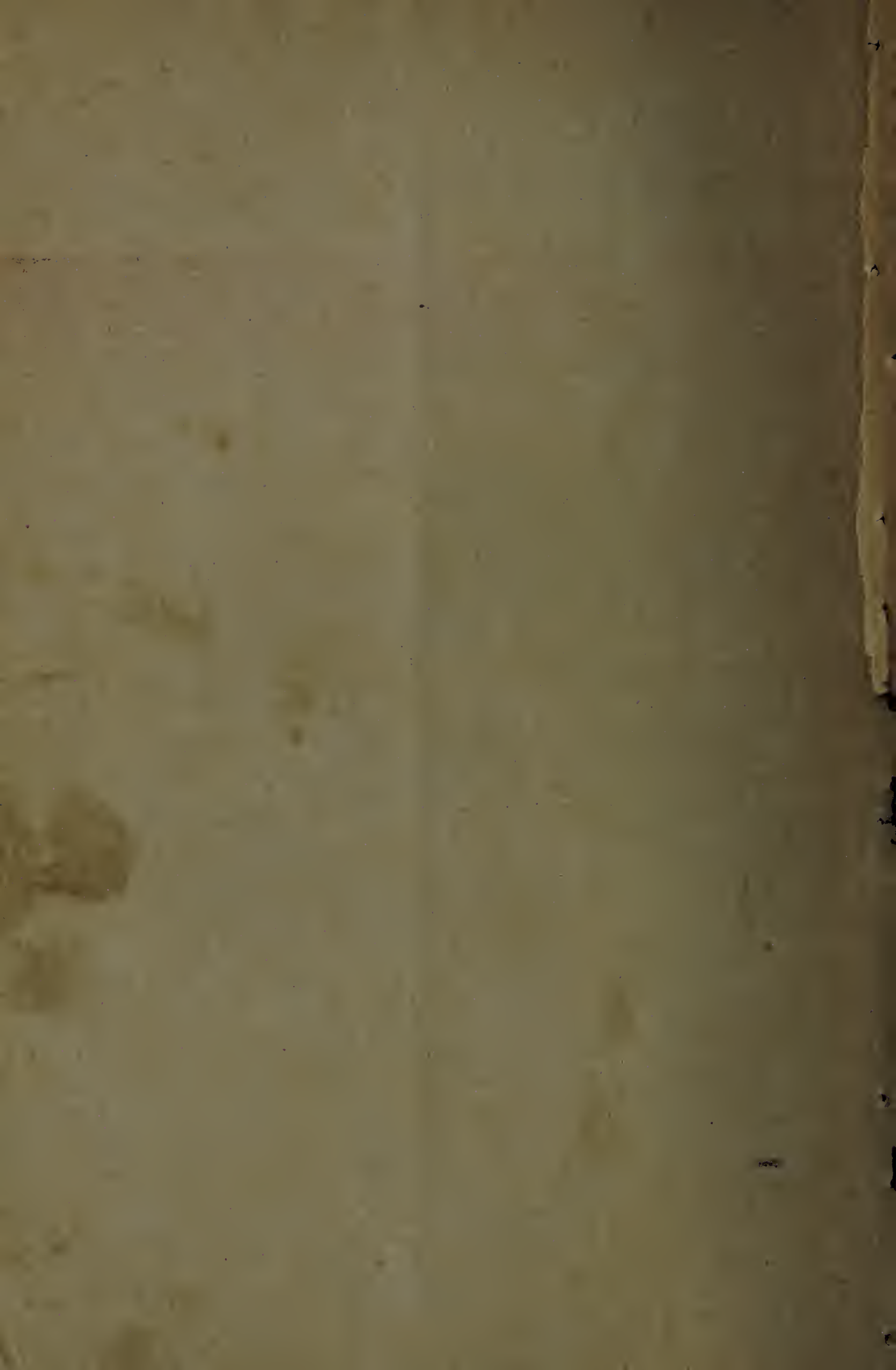
EN UN ACTO Y EN VERSO



MADRID

CEDACEROS, 4, SEGUNDO

1891



CLAVELES DOBLES

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CELSO LUCIO

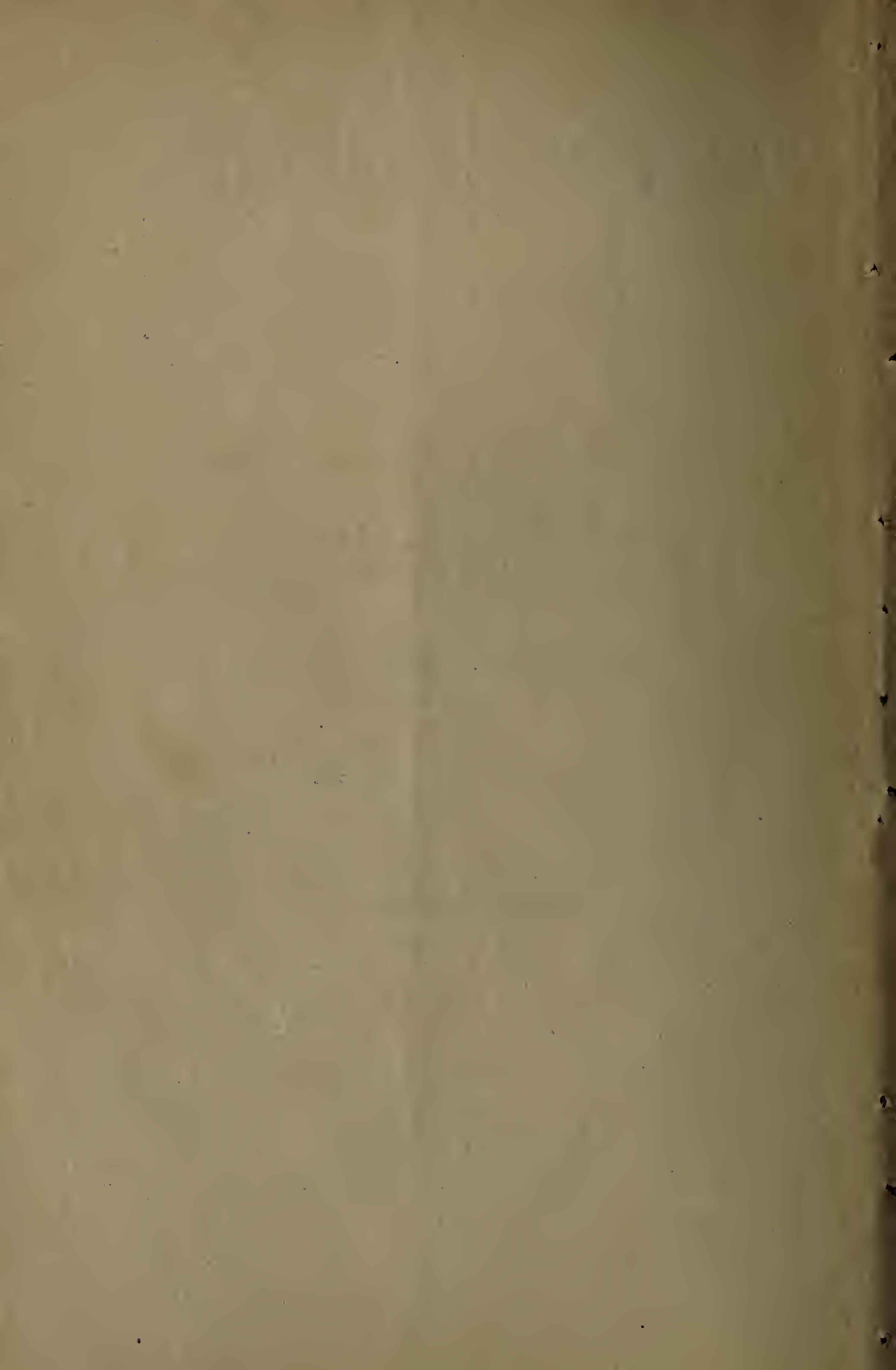
Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 21 de Enero de 1891



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891



Al Sr. Don Cándido Lara

en prueba de consideración y verdadero afecto

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SOLEDAD	SRA.	VALVERDE.
DOLORES		RODRÍGUEZ.
ROSALÍA, criada	SRTA.	BLANCO.
EL BRIGADIER	SR.	GUERRA.
ARTURO, su ayudante		RUIZ DE ARANA.
SERAFÍN		RUBIO.

LA ACCIÓN EN MADRID

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante.—Puertas al foro y laterales.—Balcón á la derecha, en primer término.—Velador con timbre, á la izquierda.—Butacas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD y DOLORES

SOL. No puedes negar, Dolores,
que el baile estuvo magnífico.
DOL. Es verdad.
SOL. Las de Cerezo
tienen un gusto exquisito,
y nos hicieron pasar
un rato agradabilísimo.
Tú también te divertiste.
DOL. *Consí, consá.*
SOL. No he entendido.
No me hables en lenguas muertas,
sabes que no las domino.
DOL. Que me divertí muy poco.
SOL. Si tú siempre estás lo mismo:
displicente, descontenta...
Y eso, ¿sabes lo que es? Mimo.
Aquí no hay más voluntad
ni más ley que tu capricho;
y como á mí no me gusta
negarte nada, transijo

con tus gustos y rarezas.
¿Y sabes lo que te digo?
Que lo que á tí te hace falta
es otro padre... lo dicho;
y á mí también, es decir,
también á mí otro marido.

DOL. Pero, mamá...

SOL. Y á propósito,
dime, qué te ha parecido
aquel chico diplomático,
tan elegante y tan fino,
que nos presentaron las
de Cerezo?

DOL. ¡Muy buen chico
y muy galante!... (¡Y muy tonto!)

SOL. ¡Es un hombre distinguido!
Ya vés, el muchacho estuvo
toda la noche conmigo
obsequioso, delicado...
en fin, parece un buen chico.
¿Y sabes lo que noté,
aunque él no llegó á decirlo?
Que está enamorado.

DOL. Puede.

SOL. Lo noté en ciertos suspiros
y en ciertas frases, cortadas
todas por el mismo estilo,
como: «Yo sufro en silencio.»
«El no ser correspondido
debe ser horrible,» y... «¡Ay!»
En seguida otro suspiro,
luego una alusión á *ella;*
y yo, al ver al pobre chico,
caí en la cuenta, y me dije:
«Este, va para marido.»

DOL. ¿Y no te dijo por quién
suspira con tal ahinco
y sufre de esa manera?

SOL. Te diré... tengo un indicio.
Como tú sabes, las flores
son nuestro único capricho,
y nos gustan los claveles
con verdadero delirio...

DOL. Es verdad.

SOL. Pues la otra noche,
—yo no sé con qué motivo,—
se lo dije á ese muchacho
y,—ya vés si será fino,—
desde aquel día, sin falta,
á diario recibimos
un ramo fresco y lozano
de claveles preciosísimos.

DOL. ¿Y él los manda?

SOL. Es natural.
Y la razón adivino.
Es la traducción de aquellos
entrecortados suspiros.

DOL. (Si supiera...)

SOL. Y lo que prueba
que es delicado y es fino,
es que nunca da su nombre
cuando nos manda el ramito.

DOL. (No es fácil.)

SOL. Ya sabes que hoy
en casa le recibimos.
Muéstrate atenta con él,
porque, ó me engaño muchísimo,
ó ese muchacho será...

DOL. ¿Qué será?

SOL. Tengo un indicio.
Mira: busca en los papeles
de música algo bonito.
Hasta luego.

DOL. Hasta después.

SOL. Veremos. Tengo un indicio.
(Vase primera izquierda.)

ESCENA II

DOLORES, después ROSALÍA, foro derecha

DOL. ¡Y mamá sin saber nada!
Es claro, nada la he dicho...
¡Si se llega á descubrir,
Dios mío, qué compromiso!...
¿Cómo le digo á mamá
que el ramo que recibimos

todos los días, no es
un obsequio de ese tipo
que estuvo toda la noche
con ella obsequioso y fino,
y conmigo sonriéndose,
mirándome con cinismo
como diciéndome: «A tí
es á quien yo me dirijo?»
Si ella conociera al otro,
al verdadero, al legítimo,
al que sin faltar un día
desde que le he conocido,
con su brillante uniforme
llega hasta ese descansillo,
y antes de subir la orden
al Brigadier, nuestro amigo,
viene á jurarme su amor
á través del ventanillo
y á dejarme esos claveles
que á veces besa atrevido,
sin cuidarse el imprudente
de que yo me ruborizo...
Hoy vendrá como á diario,
y he de decirle el conflicto
que ha originado, el creer
mamá que son los ramitos
un obsequio de ese tonto.

Ros. Señorita: el señorito,
que dice que quiere entrar.

Dol. ¿Y qué le has dicho?

Ros. Que no;
y no me ha hecho caso, y yo...
pues... le he dejado pasar.

Dol. Mamá...

Ros. Dice que un momento,
y que nadie puede verle.

Dol. Es preciso convencerle.
(Aparece el Ayudante, y sale Rosalía foro derecha.)
¡Dios mío... qué atrevimiento!

ESCENA III

DOLORES y ARTURO (con un ramo de claveles, que ocultará con la teresiana hasta el momento oportuno

ART. ¡Mi Lola!
DOL. ¡Mi Arturo!
ART. ¡Mi bien!
DOL. ¡Mi tesoro!
ART. ¡Amarte es la vida!
DOL. ¡No amarte es morir!
ART. ¿Me quieres?
DOL. ¡Te quiero!
ART. ¿Me adoras?
DOL. ¡Te adoro!
ART. ¡Mi dicha!
DOL. ¡Mi encanto!
ART. ¡Amarte es vivir!
Sin miedo á tu madre,
de amores rendido,
á riesgo de todo
me tienes aquí.
Ya ves que no temo,
que estoy decidido;
y todo, Lolita,
lo arrostro por tí.
¿Me quieres?
DOL. Te quiero.
ART. ¿Me adoras?
DOL. Te adoro.
ART. Pues todo, amor mío,
se puede arreglar.
Tu madre se entera,
nos echa el gran toro,
y juntos decimos
«me quiero casar.»
Nos casan, y luego,
siguiendo la moda,
que impone sus leyes
con ansia febril,
los dos emprendemos
el viaje de boda

en un cochecito
del ferrocarril.
Nos vamos á Francia,
después á Inglaterra,
después á Turquía,
más tarde al Japón,
y no queda un sólo
rincón en la tierra
que no sea testigo
de nuestra pasión.

DOL. Mamá no consiente.

ART. ¿Por qué, vida mía?

DOL. Si le hablo de amores
levanta la voz.

ART. Le doy una carga
de caballería.

DOL. Por Dios, Arturito,
no seas atroz.

ART. ¿No ves que yo sufro
no estando á tu lado?
¿Que al verme á tí unido
será mi placer?
¿No sabes que á veces
por verte he arrostrado
los ímpetus fieros
de mi brigadier?
No sabes lo mucho
que sufro, y me altera
que ya nadie ignore
que tú eres mi amor.
¡Y todo el que sube
por ese escalera
me mira de un modo
desconsolador!
Y un sólo momento
que esté al ventanillo,
eso es un constante
bajar y subir.
Y yo, vengan vueltas
por el descansillo,
por ver si evitamos
el dar que decir.
Y yo de este modo
ni estoy en mi centro,

ni vivo, ni paro,
ni sé cómo estoy;
nervioso, impaciente,
ni salgo, ni entro,
ni subo, ni bajo,
ni vengo, ni voy.

DOL. ¿Me traes los claveles?

ART. ¡Aquí están!

DOL. ¡Dios santo!
¡Mamá que se acerca!
Te vas á esconder.
(Señalándole la segunda derecha.)
Si sale un momento,
te vas entretanto.

ART. ¿Quién sube la orden
á mi brigadier? (Entra segunda derecha.)

ESCENA IV

DOLORES, SOLEDAD primera izquierda, después ROSALIA por el foro

SOL. ¿Ha bajado el brigadier?

DOL. No ha bajado todavía.

SOL. ¿Hablabas?...

DOL. [illegible].

SOL. Pues yo me llegué á creer...
Y, vamos á cuentas, dí:
ese brigadier marcial
¿te hace á tí el amor?

DOL. No tal.

SOL. Entonces me le hace á mí.
No se explica de otro modo
que hable con tanto calor
siempre de un tema: el amor.
A amor lo reduce todo.

DOL. Es cierto.

SOL. ¿Lo has observado?
Pues ese es su eterno tema;
Y no lo hace por sistema;
eso es que está enamorado.
El oculta una pasión,
busca la ocasión quizás;
y un día la encuentra y ¡zás!

la suelta de sopetón.
No nos perdona á diario
su visita prolongada;
y aunque esta visita nada
encierra de extraordinario;
y aunque es un amigo fiel,
y es discreto y es prudente,
no quisiera, francamente,
que se encontrara con él.

DOL. ¿Con él?

SOL. Con él, sí, señora.
Sin duda lo has olvidado,
aunque te lo he recordado
no hace quizá un cuarto de hora.

DOL. ¡Ah! Sí; el de la reunión;
el de los claveles.

SOL. Eso.
Y como no le interese
oír la conversación,
si es él por casualidad
el que viniera primero,
ponle el gesto muy severo;
mucha, mucha seriedad.
Contestas si él llega á hablarte.
Ya verás cómo yo estoy.
Y que se vaya, por hoy,
con la música á otra parte.

DOL. ¿Y qué hacemos?

SOL. Ya veremos.
Mostrarle poco interés;
que él lo conozca, y después
ya veremos lo que hacemos.

DOL. Bueno; pues así se hará.

SOL. ¡Rosalía!... (Llamando.)

ROS. ¡Señorita!...

SOL. Si viene alguna visita
avísame.

ROS. Bien está.

DOL. Si quieres, ensayaré
al piano algo bonito.

SOL. Vamos.

DOL. (Aparte á Rosalía.) (Echa al señorito
al momento.

ROS. Le echaré.)

ESCENA V

ROSALIA y ARTURO, segunda derecha

ROS. Le haré salir, ¡pobrecillo!
¿Cuándo acabará este enredo?
Señorito, salga usted.

ART. Sácame sin perder tiempo,
que me espera el brigadier.
(Suena la campanilla en el foro derecha)

ROS. ¡La campanilla! Ahora vuelvo.

ART. Pero, ¿y la orden?

ROS. Después
la sacaré; ahora no puedo.
(Vanse Arturo segunda derecha y Rosalía foro derecha.)

ESCENA VI

ROSALIA y SERAFIN, por el foro derecha

ROS. Hágame usted el favor
de esperar hasta que salgan.

SER. No tengo prisa. Les das
esta tarjetita. (¡Es guapa!)
(Vase Rosalía primera izquierda, volviendo á salir y yéndose por el foro.)
Pues, señor, salió mi plan
mejor de lo que esperaba.
¡Soy un pillo! En fin, por algo
estudié la diplomacia.
¡Pobres mujeres! Las venzo
en cuanto me da la gana.
Y Lolita, que es un angel,
tan inocente y tan cándida,
correrá la misma suerte.
¡Soy un pillo! Estuve en casa
de las de Cerezo, al pelo.
Como Lola me entusiasma,
yo busqué al instante un medio
que me llevara á tratarla,

y me dije: «Serafín;
mucha, mucha diplomacia;
y pues que aquí está su madre
y nadie en ella repara,
y se está toda la noche
tranquilamente sentada,
seamos finos con ella,
que, al cabo, por la peana
se adora al santo, y después
ya veremos lo que pasa.»
Y con efecto, fuí á ella;
le dirigí una mirada
expresiva, le ofrecí
mi brazo, aceptó con gana,
casi agradecida, y vengan
paseitos por la sala.
Alguna rabió de celos,
porque ella estuvo muy franca
y muy expansiva, hablándome
de lo que no me importaba.
Me dijo que los claveles
con delirio le gustaban,
y yo por eso me he puesto
un clavel en la solapa.
Era el más grande que había.
La flor es exagerada.
¡Parece una coliflor!
¡Y todo por agradarla!
En fin, que salió mi plan
mejor de lo que esperaba.
Las acompañé al salir,
y me ofrecieron la casa,
y aquí estoy dispuesto á todo,
porque Lola me entusiasma.
¡Soy un pillo! Aquí está ella.
Malicia, valor y audacia.

ESCENA VII

SERAFIN y SOLEDAD, primera izquierda

SER. Señora: tengo un placer
en venirla á visitar;
y usted me ha de dispensar

si la vengo á distraer.
SOL. Sea usted muy bien venido.
Su visita nos agrada.
Aquí para usted no hay nada
de etiqueta ni cumplido.
SER. Gracias.
SOL. Tome usted asiento. (Se sientan.)
SER. ¿Lolita?...
SOL. En su cuarto está.
SER. ¡Ay!
SOL. (¡Los suspiritos ya!
Se vá acercando el momento.)
Y la otra noche, ¿qué tal?
¿Se pasó agradablemente?
SER. Señora: yo, francamente,
lo pasé bien, pero mal.
SOL. ¿Cómo?
SER. Yo me explicaré.
Hablé con usté una hora;
¿y quién no es feliz, señora,
estando al lado de usté?
Si seduce usted hablando,
si encanta usted discutiendo,
si... si...
SOL. Siga usted diciendo,
que eso me vá interesando.
SER. Usted, señora, que es buena,
sabrá mi pena apreciar.
No lo puedo remediar;
pero yo tengo una pena.
SOL. Está usted enamorado.
SER. Enamorado perdido.
¿Usted me lo ha conocido?
SOL. Me lo había figurado.
SER. ¿Qué la hizo á usted sospechar
en mi pasión amorosa?
SOL. El amor es una cosa
que no se puede ocultar. (Se acerca á él.)
SER. (¡Carámbolis!)
SOL. Lo mejor
es no perder la esperanza.
Dígame usté, en confianza,
el objeto de su amor.
(A ver si rompe.)

SER. El objeto...
SOL. Si no peco de indiscreta.
SER. Es una pasión secreta.
SOL. Pues rompa usted el secreto.
SER. Señora: temo un fracaso.
Soy tímido, lo confieso.
La conoce usté, y por eso
no me atrevo, por si acaso.
SOL. ¿Fracaso? ¡Qué desatino!
¿La conozco? Pues á ver
si acierto quién pueda ser;
á ver si yo lo adivino. (Con zalamería.)
Esa que su pecho adora
y ha herido su corazón,
¿estuvo en la reunión?
SER. Sí que estuvo, sí, señora.
SOL. ¿Y es hermosa?
SER. Como un cielo.
SOL. Pues le corresponderá.
SER. Me hace usted feliz. (¿Será
que me está tomando el pelo?)
SOL. ¿De modo que esa pasión
es firme y es verdadera?
SER. ¡Ay! Si ella la conociera
me tendría compasión.
SOL. ¿Y si la conoce ya?
SER. Conocerla no es posible.
SOL. Si es cariñosa y sensible,
confíe usted; le querrá.
SER. Pero, ¿usted sabe quién es
y me admite bondadosa?
¡Qué amable! ¡Qué cariñosa! (La coge la mano.)
SOL. (Con dignidad.)
Serafín... Eso, después.
SER. ¿Conque voy á ser su esposo,
doña Soledad bendita?
SOL. No; llámeme usted Solita.
Resulta más cariñoso.
SER. Y Lolita, es natural...
SOL. Ella á todo dirá amén.
Cuando yo digo está bien,
jamás le parece mal.
SER. ¡Ay! Solita, qué vidita
tan feliz disfrutará.

SOL. Yo me iba cansando ya
de esta vida tan solita.
Y eso qué, al cabo y al fin,
en esta cuestión de amores,
no faltan adoradores,
créalo usted, Serafín.

SER. Estoy loco de contento.

SOL. Pero usted es muy galante
y no he dudado un instante
en darle mi asentimiento.
¡Con qué astucia y con qué tino
ha sabido usted portarse,
y ha logrado usté allanarse
con las flores el camino!

SER. Yo...

SOL. Siempre busca, el que adora,
nuestro flaco, claro está.
Y acertó usted.

SER. (¿Cuál será
el flaco de esta señora?)

SOL. Ese detalle ha sabido
ganarse mi voluntad.
Le digo á usted la verdad:
los claveles me han vencido.
Tanto, que sin duda alguna
acepto su pretensión.
Usted tiene posición,
tiene talento y fortuna.
Dejémonos de papeles (Se levantan.)
y no hagamos tonterías.
Siga usted todos los días
mandándome los claveles,
y pues usted consiguió
lo que nadie ha conseguido,
usted será... mi marido,
mi Serafín.

SER. (Cayendo de golpe en la silla.) (¡Dominó!)

SOL. Yo, felíz y enamorada,
haré de casa un edén.

SER. (Anciana: la lengua tén.)

SOL. ¿Qué le sucede á usted?

SER. Nada;
un mareo. Necesito
tomar el aire.

SOL. (Me caso.)
SER. Saldré un momento, y de paso
le traeré á usted el ramito.
SOL. ¿De azahar?
SER. (¡Bonito papel!)
No, señora; el que he encargado
de claveles, aquí al lado,
en la calle del Clavel.
SOL. No tarde; se lo suplico.
¿Volverá usted sin tardar?
SER. Volveré... (á rectificar.
¡Y vaya si rectifico!) (Saluda y vase.)
SOL. (Desde la puerta del foro.)
Adiós, simpático, adiós.
Seré tuya hasta la muerte.
¡Dios mío, pero qué suerte
hemos tenido los dos!
Voy á anunciar á Dolores
mi nuevo cambio de estado.
Para mí no ha terminado
la estación de los amores.
(Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VIII

ROSALIA foro derecha, y ARTURO segunda derecha

ROS. Señorito... ¡pobrecito!
Puede salir sin cuidado.
¡Pobrecito señorito!
Estará desesperado.
ART. ¿Al fin puedo salir ya?
ROS. Sí; con mucha precaución.
ART. El brigadier estará
conmigo como un león.
ROS. Antes no ha podido ser.
ART. No sé qué disculpa dar. (Campanilla dentro.)
ROS. Ese es.
ART. ¿Quién?
ROS. El brigadier,
por el modo de llamar.
ART. ¿Aquí el brigadier? ¡Qué horror!

Si se entera me he caído.
¿Vuelta al cuarto?

ROS. Sí, señor.

ART. ¡Pues voy á estar divertido!

(Vanse Arturo segunda derecha, y Rosalía foro derecha.)

ESCENA IX

EL BRIGADIER por el foro derecha

Estoy decidido á todo.
De hoy no es posible que pase.
Que ella lo sepa, y despues
veremos por dónde sale.
Ya debí habérselo dicho;
pero el maldito caracter...
¡Buena herencia me dejaron
mis queridísimos padres!
Él, un hombre tan modesto,
tan cariñoso y afable
que jamás levantó el grito
ni se incomodó con nadie,
me ha hecho heredar su sencilla
timidez, su genio suave,
sus temores, su dulzura,
en fin, todo su caracter.
Y mi madre, aunque era buena,
tan buena como una madre,
tenía el defecto opuesto:
era altiva, dominante,
habladora como muchas,
decidida como nadie.
Y yo, por desgracia inmensa
y por singular contraste,
reuno los dos defectos
en su caracter más grave.
O soy una fiera, ó soy
más delicado que un guante.
Así es que, cuando en campaña,
donde las pasiones arden,
cuando la bandera roja
gallarda ondea en el aire

y las músicas animan
y los corazones laten
y el toque de las cornetas
anuucia señal de ataque;
cuando la atmósfera abrasa
y los nervios se contraen
y se mezclan y confunden
en un eco inexplicable
voces de mando y sollozos,
gritos de rabia y coraje,
alaridos de dolor,
plegarías, gemidos, ayes,
al verme entre el torbellino
de humo y hierro, fuego y sangre,
entonces me siento lleno
del caracter de mi madre;
y al subir una montaña,
cuando con rabia salvaje,
y dejando atrás los muertos,
todos gritan «adelante;»
cuando ni un hombre de honor
se sentiría cobarde,
al tiempo que grito «arriba,»
«viva España, ánimo, avancen,»
voy pensando: «quiera el cielo
que ahora no me sienta padre,
porque se me cae la espada,
comienzo á rezar la salve
y digo: «si son hermanos,
Señor, ¿por qué he de matarles?» (Pausa.)
Y en todo igual! En amores
ó soy audaz y galante,
ó parezco un colegial
recién salido de clase.
Y esto, ¡mil bombas! me indigna
y no hay nadie que lo aguante.
Hoy me he levantado con
los alientos de mi madre,
y queriendo aprovechar
estos preciosos instantes,
he bajado sin paciencia
de esperar á mi ayudante...
Ella se acerca. Al mirarla,
sin querer... me siento padre.

ESCENA X

EL BRIGADIER y SOLEDAD, primera izquierda

SOL. ¡Brigadier!...
BRIG. Amiga mía...
SOL. Usted siempre consecuente.
BRIG. ¿Cree usted que viviría
sin verla diariamente?
SOL. Siempre ha sido usted galante
á fuer de buen militar.
BRIG. Gracias. Oiga usté un instante,
porque tenemos que hablar.
SOL. ¿Le ocurre á usted algo grave?
Está usted sobreescitado.
BRIG. Señora: es que usted no sabe
que yo estoy enamorado.
SOL. ¿Es posible? ¿Y cómo fué?
¿Quién es la afortunadísima?...
BRIG. ¿Quién ha de ser si no usté?
SOL. ¡Ave María Purísima!
BRIG. Rendido por sus encantos,
la adoro con frenesí.
SOL. (¡Qué atrocidad! Pero cuántos
hombres hay locos por mí!)
Brigadier: yo, francamente,
le agradezco la atención;
mas desde hoy precisamente
no mando en mi corazón.
Lo deploro, brigadier,
pero ya tengo marido.
Hubiera usté hablado ayer
y le hubiera preferido.
¿Estaba usté enamorado?
Pues haber sido oportuno
y yo le hubiera aceptado
sin inconveniente alguno.
BRIG. Cierto, no tengo disculpa.
Lo digo aunque no me cuadre.
Pero no es mía la culpa.
SOL. Pues, ¿de quién es?
BRIG. De mi padre.

Siempre como él me sentí
al verla á usted tan hermosa.
¡Si me siento madre, sí
que hubiera sido otra cosa!

SOL. (¡Este hombre está algo chiflado!)

BRIG. ¿Conque se me adelantó?
Diga usté, ¿y cómo ha logrado
lo que no he logrado yo?
¿Cómo dicha tan entera
ha sabido conseguir?

SOL. Muy facil. De la manera
que le voy á usté á decir.
Las flores son mi pasión,
son mis antojos más fieles,
y tengo predilección
marcada por los claveles.

BRIG. ¿Y qué?

SOL. Pues que mi... futuro,
que halagarme pretendía,
halló el medio más seguro
de alcanzar mi simpatía;
y no ha habido un día que
haya faltado obsequioso
de mandar un ramo de
claveles dobles, precioso.

BRIG. ¿Y nada más?

SOL. Eso es todo.
Confiese usted que el detalle
es delicado.

BRIG. ¿De modo
que yo me voy á la calle?
No lo puedo consentir.
Esto es ponerme en un potro.
Yo no puedo permitir
que se case usted con otro.
¿Flores? A haberlo sabido
no es suya la preferencia.
Yo la hubiera á usted traído
los jardines de Valencia;
la hubiera á usted obsequiado
con claveles á granel,
y hasta me hubiera mudado
á la calle del Clavel.

SOL. Si no es que yo no le quiera,

se lo digo francamente;
si sería brigadiera
fuera de ese inconveniente.

BRIG. Diciéndole que ha cambiado
usted, se resignaría.

SOL. Está tan enamorado,
que, de fijo, se moría.

BRIG. Pues, señora, no transijo
conque al otro le prefiera.
Quiérame usted.

SOL. Pero, hijo,
si ya no puedo, aunque quiera.

BRIG. Le obligaré á desistir;
y aunque no acepte el papel
él tendrá que transigir.

SOL. No sabe usted quién es él.

BRIG. Pero usted me lo dirá,
porque ocultarlo es injusto.

SOL. Es que usted no lo sabrá,
y así me evito un disgusto.
Desista usted.

BRIG. No es posible.

SOL. Su pasión...

BRIG. Es incurable.

SOL. Su actitud...

BRIG. Insostenible.

SOL. Y mi esposo...

BRIG. Inaguantable.

SOL. Adiós.

BRIG. ¿Se va usted tranquila
dejándome en la ansiedad?
¿Qué me aconseja usted?

SOL. Tila
y mucha tranquilidad. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XI

EL BRIGADIER, después ROSALIA, foro derecha

BRIG. ¡Me lucí, por vida mía,
hoy que me inspiró mi madre!
Para esto, más me valía
haber continuado padre.
¿Y quién será ese importuno

que se tercia en mi camino?
Quién pueda ser no adivino.
No recuerdo de ninguno.
Su hija quizá esté enterada;
pero ¿cómo la pregunto?
¿Quién me entera de este asunto?
(Toca distraidamente el timbre del velador y sale Rosalía.)

Ros. ¿Llamaba usted?

Brig. (La criada.
Esta lo sabe sin duda.)
¿Quieres hacerme un favor?

Ros. ¡Ya lo creo! Sí, señor.

Brig. Pues necesito tu ayuda.

Ros. Usted dirá.

Brig. Me es preciso
saber inmediatamente
quién manda diariamente
claveles.

Ros (¡Qué compromiso!)

Brig. Hace ya una temporada
que los mandan á diario.
Para entrar, es necesario
que se entere la criada.

Ros Yo...

Brig. ¿Por qué lo has de ocultar?
Le has visto.

Ros. Sí.

Brig. ¿Cuándo?

Ros. Hoy mismo.
él entró aquí.

Brig. ¡Qué cinismo!

Ros. Y se pusieron á hablar.

Brig. ¿Y tú oiste algo?

Ros. Muy poco.

Brig. ¿Habría frases de amor
y promesas?

Ros. Sí, señor.

Brig. ¿Y él la querrá?

Ros. Como un loco.

Brig. ¿Y después? Habla, ¿no ves
que me importa?

Ros. Que no es tonto
el señorito...

BRIG. Habla pronto.
Pero ¿qué pasó después?
ROS. Pues que se quieren casar;
y que él está decidido.
BRIG. ¿Y qué más?
ROS. Pues... se oyó ruido
y se tuvo que ocultar.
BRIG. ¿Dónde y por qué se ocultó?
ROS. Como nadie lo sabía...
Ahí. (Señalando la segunda derecha.)
BRIG. ¿Y está ahí todavía?
ROS. Sí, por usted no salió.
BRIG. Basta. Yo te lo agradezco.
Que no se enteren de nada.
Quedarás recompensada,
que yo cumplo lo que ofrezco. (Vase Rosalía.)

ESCENA XII

EL BRIGADIER

¿Conque aquí y en ese cuarto?
La fortuna me depara
hablar con él, vive Dios,
que era lo que deseaba.
Señor mío, nos veremos
y ganaré la batalla;
¡vaya si la ganaré!
No sabe usted con quién trata.
¡Y hoy, precisamente hoy
que de lucha tengo gana
y además... me siento madre!...
Procuraremos que salga.
(Acercándose á la segunda izquierda.)
Caballero: ruego á usted,
si quiere oír dos palabras,
que salga un instante.

ESCENA XIII

EL BRIGADIER y ARTURO

ART. (¡El!
Se lo ha dicho la criada.)
BRIG. Caballero... (Viéndole.) ¡Mi ayudante!
ART. A la orden.
BRIG. Pero, ¿usté estaba
encerrado en ese cuarto?
ART. Sí.
BRIG. ¿Y qué hace usté en esta casa?
¿Qué es usté aquí?
ART. Pues el novio,
mi general, de la...
BRIG. Basta.
¿Luego usté es el prometido?
¿Es usted el que se casa
y, por lo tanto, es usted
el tierno joven que manda,
sin faltar un solo día,
claveles por la mañana?
ART. Pues, bien; sí, mi general.
Yo la quiero, ella me ama.
Hoy entré un instante á verla
para que esto terminara,
como debe ser, casándonos;
ella me dió su palabra
y con objeto de que
no me vieran en la casa,
al oír ruído entré ahí.
Pido perdón por mi falta.
BRIG. Veremos. Siéntese usted.
Quiero saber lo que pasa;
y ya sabe usted que á mí
me gustan las cosas claras.
ART. A sus órdenes. (Se sientan.)
BRIG. Olvido,
en primer lugar, su falta,
porque es muy justo el motivo.
ART. Mi general, muchas gracias.
BRIG. Aguarde usted. Pero, en cambio,

usted la atención me paga
olvidando á esa mujer,
no volviendo por la casa
y no insistiendo en mandar
claveles dobles, ni nada.

ART. Pero, ¿cómo?...

BRIG. Escuche usted
la historia de lo que pasa.
Yo, la quiero.

ART. ¡Cómo! ¿Usted?

BRIG. Escúcheme usted con calma.
La quiero con pasión loca,
aunque, por mil circunstancias,
haya tenido hasta hoy
esta pasión reservada,
Hoy he pedido su mano
y... no ha puesto mala cara;
únicamente me ha dicho
que ha dado á usted su palabra,
porque usted con sus claveles
ha sabido conquistarla,
y que si usted, por acaso,
de ella quiere relevarla...

ART. Mi general, yo la quiero,
la quiero con toda el alma,
y, crea usted, no podré,
por más que quiera, olvidarla.

BRIG. Reflexiónelo usté, Arturo.
Quizás sea una ventaja
para usted, que aún es muy joven.
Y aunque esto no dice nada,
de la edad de usté á la de ella
existe alguna distancia.

ART ¡Si es joven!

BRIG. No haga usted caso.
Es que está bien conservada.

ART. Perdone usted...

BRIG. La conozco
desde que vine á esta casa
y siempre está igual, lo mismo
que hace seis años; no cambia.
Conque, queda terminado, (Levantándose.)
¿no es eso? Usted la reemplaza
á los dos días con otro

nuevo amor, y santas páscuas.

ART. Mi general: el activo
más que el reemplazo me agrada;
me gusta el servicio, y llevo
muy poco tiempo en el arma...

BRIG. Bueno. Puesto que razones
y súplicas no le bastan...
¡Capitán, cuádrese usted!
Lo hago cuestión de ordenanza;
y si esto no es suficiente,
de hombre á hombre no va nada.
Ni soy su jefe, ni usted
es mi ayudante. Está clara
la cuestión: somos dos hombres
que se disputan la plaza
en un duelo á muerte; conque
ya puede usté elegir armas.

ART. ¿Un duelo con usted? Nunca.
Ya veo que usted la ama
y que la hará usted feliz.
Mi general, usted manda.
¿Qué debo hacer?

BRIG. Esperar
un momento, y muchas gracias.
Vuelva usté otra vez al cuarto,
aquí no ha pasado nada.
Espere usted el momento
oportuno, y cuando salga
por mandato mío, entonces
me cumple usted su palabra
diciéndola que renuncia...

ART. Mi actitud...

BRIG. Es desairada,
pero la habla usted á solas,
y me hace usté feliz...

ART. Basta.
Mi general, creo que
sé cumplir con la ordenanza.
(¡Pobre novia del teniente
que bajo mi mando caiga!)
(Vase segunda derecha.)

ESCENA XIV

EL BRIGADIER

Ahora yo á comprar claveles.
Un ramo que la entusiasme.
¡Y Dios quiera que al volver
siga sintiéndome madre! (Vase foro derecha.)

ESCENA XV

DOLORES, primera izquierda y ARTURO segunda derecha

DOL. ¡Pobre Arturo! Ahí estará
esperándome impaciente.
¿Qué dirá cuando le cuente
que se casa mi mamá?
¡Nunca lo hubiera creído!
Pero me lo ha asegurado.
Dice que está enamorado,
enamorado perdido,
y que se ha arreglado ya
la cuestión del casamiento.
Voy á decirle que cuento
con otro nuevo papá.
Arturo... puedes salir...
sube á ver al Brigadier...

ART. De quien vas á ser mujer.
¡Quién lo había de decir!
Renuncio á toda esperanza.
No acordándome de tí
obedezco, porque así
me lo manda la ordenanza.

DOL. ¿Pero, qué dices, Arturo?

ART. Y después que estés casada,
no volverás á oir nada
de mí, nada; te lo juro.
A Cuba me iré al instante
y ya jamás volveré...

DOL. ¡Ay! ¡No, por Dios, quédate!

ART. Sí; quédate... de ayudante.

Para la Habana mañana
pido el pase, por quien soy...
¡Nada; á la Habana me voy!...

DOL. ¡No te vayas á la Habana!

ART. Si has de ser feliz, me alegro...

DOL. Pero, ¿qué es lo que te alegra?

ART. ¡Yo allí hallaré muerte negra!...

DOL. Te va á matar algún negro.
Pero, explícate, por Dios.

ART. ¡Nada; que hemos concluído!

DOL. Es que no te he entendido,
ó estamos locos los dos. (Suena la campanilla.)
¡Han llamado! Ya no puedo
decirte lo que quería.
¡Celoso!... Ahora se podía
salir...

ART. No; si yo me quedo.

DOL. ¿Por qué?

ART. Después lo verás.

DOL. ¡Viene gente!

ART. Hasta después.
(Vase segunda derecha.)

DOL. ¿Qué le ocurrirá?

ESCENA XVI

DOLORES y SERAFIN, por el foro derecha, con un ramo de claveles

SER. (Ella es.
La conozco por detrás.
¡Soy un pillo!) Señorita...

DOL. Caballero...

SER. (¡Está muy grave!)
De fijo que usted no sabe
la causa de esta visita.

DOL. Pues se engaña usted; la sé.

SER. Pero lo que usted sabrá...

DOL. Hace un momento, mamá,
me ha estado hablando de usté.

SER. Pues está usté en un error,
si es lo que yo me figuro.

DOL. Me ha dicho...

SER. Sí, de seguro,

la habrá hablado de mi amor.
De modo, que usted sabrá...

DOL. Sé que, afortunadamente,
tendré papá nuevamente.

SER. ¡No me llame usted papá!

DOL. ¿Por qué?

SER. Porque aún no lo soy.

DOL. Si ha de serlo usted mañana...

SER. Y porque no tengo gana
de oirlo.

DOL. Basta; me voy.
le debo á usted obediencia.
Le he molestado y lo siento.

SER. Escúcheme usté un momento;
óigame usted con paciencia.

DOL. ¡Me riñe usted por decir
«papá» siendo tan sencillo!

SER. ¿Papá otra vez? (¡Soy un pillo!
¡Pues me voy á divertir!)
Si usted quisiera escucharme,
yo con gusto la diría
que era cierto que tenía
intenciones de casarme;
pero usted debe saber,
antes de que tal suceda...

DOL. ¿Qué?

SER. Todo, por lo que pueda
algún día suceder.
Su mamá se ha equivocado;
y por suerte ó desventura,
ni soy el que se figura
ni sé por quién me ha tomado.
El amor hoy á esta casa
me trajo lleno de fe
y...

DOL. A ver: explíquese usté
y sabremos lo que pasa.

SER. Que hay un cambio de papeles,
pues yo no sé desde cuándo
cree que la estoy mandando
todos los días claveles.

DOL. ¡Dios mío!

SER. Y aunque el amor
me hizo al principio callar,

ahora usté me vá á ayudar
á deshacer el error.
Yo creo que hay que aclararlo,
pues perjudico á un tercero,
¿no es verdad?

DOL. No; caballero;
es necesario ocultarlo.
Que todo se quede así.

SER. Pero si no se lo digo...

DOL. Sea usted un buen amigo
y cállese usted por mí.

SER. Pero ¿por qué ese interés?

DOL. Al ménos por el momento.
¿Consiente usted?

SER. Bien; consiento.

DOL. Se lo explicaré después.

SER. En cambio usté aceptará
esta promesa de amores. (Por el ramo.)

DOL. No.

SER. ¿Por qué?

DOL. Porque esas flores
ya son para mi mamá.
Adiós; yo volveré pronto.
(Váse primera izquierda.)

SER. Sí, venga usted en mi ayuda.
Pues, señor, no cabe duda;
¡soy un pillo ó soy un tonto!

ESCENA XVII

SERAFIN, después el BRIGADIER con un ramo de claveles

SER. ¡Y qué monísima está!
¡Rica! A tí es á quien yo quiero.
En fin; ahora lo primero
es convencer á mamá.
Antes de aceptar su amor
estoy decidido á todo
y, aunque no sé de qué modo,
yo la saco del error. (Se sienta.)

BRIG. (Desde el foro.) Los más hermosos que hallé.

SER. Pues señor; ¡menudo lío!

BRIG. (¡Hola!) Servidor de usté.

SER. (¡Caramba!) Muy señor mío. (Levantándose.)
BRIG. (¿Quién será este inoportuno?)
SER. (Me ha mirado con mal ceño.)
BRIG. (¿Será?... No temo á ninguno.)
Con permiso. (Se sienta.)
SER. Usté es muy dueño. (Se sienta.)
BRIG. (¡Trae claveles!)
SER. (¡Trae un ramo!)
BRIG. (¡Y es bonito!)
SER. (¡Y es precioso!)
(¡Cómo me mira! ¡Me escamo!)
BRIG. (¿Qué querrá aquí este gomoso?)
SER. (Veremos... El hablará.)
BRIG. (En fin; que él hable el primero.) (Pausa.)
SER. (Pues, señor, me carga ya
la calma del caballero.
¿Si será éste el de los ramos?)
BRIG. (No rompe ni á tres tirones.)
SER. (Este debe ser. Veamos.)
BRIG. (¿No hablará?) (Pausa.)
SER. ¿Son reventones?
BRIG. Como usted.
SER. Yo no sé en qué
le puedo haber ofendido.
BRIG. Que son como los de usté.
SER. ¿Sí? No había comprendido.
Pues... son las flores mi encanto.
BRIG. Yo las admiro sin tasa.
SER. Además, le gustan tanto
á la dueña de la casa...
BRIG. (¡Hola!) ¿Y acaso serán?... (Levantándose.)
SER. Son para ella, sí, señor.
BRIG. ¿Luego esas flores están?...
SER. Están respirando amor.
¿No sabe usted que se casa?
BRIG. Por lo visto usted lo sabe.
¿Y usted sabe lo que pasa?
SER. Pasa una cosa muy grave.
BRIG. ¿Por qué?
SER. Porque el prometido
esposo de Soledad
piensa que el ser su marido
es una barbaridad,
y está decidido á todo

antes de hacer tal exceso.

BRIG. Caballero: ¿y de qué modo
ha averiguado usted eso?

SER. ¿Qué cómo lo averigüé?
Si soy el interesado.

BRIG. ¡Usted! ¿Qué ha de ser usté?

SER. Hombre, ¿estaré yo enterado?

BRIG. Explíquese usté al instante
ó no sabré contenerme.

SER. Pues que no hablé lo bastante
ó no han sabido entenderme.
Vine lleno de ansiedad,
guiado por mis amores,
á ofrecer á Soledad
mi mano para Dolores.
Por ver si la convencía
la pinté dicha sin tasa;
la dije que ella sería
la alegría de la casa;
la hice entrever un edén.
la ofrecí un porvenir bello,
y no la dije por quién
sentía yo todo aquello.
Ella no lo comprendió;
y, como aún es algo bella,
es natural, se creyó
que lo decía por ella.
Oyéndome enumerar
frases de amor tan sincero,
como yo para adorar
soy terrible, caballero,
conmoví su corazón;
me abandonó su albedrío,
viniendo una confusión
de padre y muy señor mío.
Como yo, por cortedad,
no la saqué del error,
hoy me cree Soledad
loco perdido de amor;
y aunque no niego que es bella,
no es para dar ese paso.
Yo no me caso con ella.
Vamos, que yo no me caso.

BRIG. ¿Casarse usted? No señor;

ni lo piense usted siquiera.
SER. Me hacía usté el gran favor
si usted me lo prohibiera.
BRIG. Oiga usted lo que le digo.
Sepa usted que Soledad
con quien se casa es conmigo.
SER. Dios mío, ¿será verdad?
Siendo usté el que yo pensaba,
no es el caso extraordinario.
¿Usté es el que la mandaba
clavelitos á diario?
BRIG. Pues, no señor, no soy yo;
pero no ignoro quién es.
SER. ¿Es otro el que los mandó?
Entonces, ya somos tres.
BRIG. No existe tal adversario.
Y pues que usted no se casa,
considero necesario
que salga usted de esta casa.
SER. Yo no me puedo marchar,
porque deshecho el error,
ahora necesito hablar
á mi verdadero amor.
Y al casarse usted, se explica (Suplicando.)
que siendo usted el que mande...
BRIG. Le protejo con la chica.
SER. Bueno, yo á usted con la grande,
BRIG. Ahora no podrá negarse
á admitirme Soledad.
SER. Por lo visto iba á casarse
con toda la humanidad.
BRIG. Vienen. Ella debe ser.
Permanezca usté á mi lado.
Yo necesito saber
si es cierto lo que ha contado.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y SOLEDAD primera izquierda. Despues ARTURO segunda derecha y DOLORES primera izquierda

SOL. (¡Aquí los dos! ¡Cielo santo!
¡Y aún están sin destrozarse!)
General...

BRIG. Señora, yo
quisiera que me escuchase
y nos hiciera un favor
á los dos.

SOL. Ya puede darse
por hecho.

BRIG. Señora mía,
la pregunta es importante:
usted se casa, ¿no es cierto?

SOL. Ya se lo he dicho á usted antes;
sí, señor.

BRIG. ¿Y quién es él?

SOL. El que tiene usted delante;
Serafin.

SER. Yo...

SOL. ¿Y qué?

BRIG. Señora:
le ruego á usted que se calme.
¿Este vá á ser su marido?

SOL. Sí, señor.

BRIG. ¿Y el ayudante?

SOL. ¿Qué dice usted, señor mío? (A Serafin.)
¿Consiente usted que le falten?
OfOféndase usté.

SER. Ahora voy.
Explique usted esa frase.

BRIG. Esa frase, es que usté ha dado
su palabra á mi ayudante
de contraer matrimonio
con él.

SOL. ¿Yo? ¡Qué disparate!
Ni le conozco.

BRIG. ¡Que no!

SER. ¡Qué liosa! ¡Otro que sale!

BRIG. (Subiendo á la segunda derecha y bajando con Arturo.)
Señora: aquí tiene usté
al que rendido y galante
mandaba á diario el ramo
de claveles. (Sale Dolores.)

SOL. ¡Su ayudante!
¿Pues no los mandaba usté?

SER. No he mandado nada á nadie.

ART. Señora...

DOL. ¡Mamá, perdón!
SOL. Pero, ¿quiere usté explicarme
este enredo?
BRIG. Capitán...
(Su palabra.) Va á aclararse.
ART. Dolores: por mil razones
me es imposible casarme
contigo.
BRIG. ¿Qué dice usted?
ART. La ordenanza antes que nadie.
Lo que usted me ordenó hacer,
mi general.
BRIG. ¡Ayudante!...
¡Usted se burla!
ART. No tal.
Con la que quiero casarme
es con Lola.
SER. (¡Me lucí!)
SOL. ¡Qué dice usted de casarse!
DOL. Sí, mamá; que los claveles
eran de Arturo, y pensaste
que eran de otro, porque yo
te lo oculté. No te enfades.
BRIG. Y usted, creyendo sin duda
que venían de otra parte,
se inclinó á dar esperanzas,
que no agradeció bastante,
á este señor, que traía
ideas de declararse
á Dolores, según él
acaba de confesarme.
¿No es cierto?
SER. Yo... la verdad...
(¡Cómo mira el ayudante!)
SOL. Pero, ¿le ha contado á usted?...
¡Tiene mucha gracia el lance!
General: quise probar
si su amor era constante
como el mío, y eso fué
el crear dificultades.
En cuanto á usted, señor mío,
(Con dignidad exajerada)
permítame que me espante
al ver su imaginación,

que de un modo tan notable
le hace á usted sospechar cosas
en que no ha pensado nadie.

SER. Señora...

SOL. ¡Pero estos chicos
las ilusiones que se hacen!

BRIG. ¿De modo que no hay quien pueda
tanta dicha disputarme?

SOL. Ninguno. Mi corazón
tan sólo por usted late.

SER. (Pues, señor, ¡tiene más conchas
que un galápago esta madre!)

ART. Mi general: por vuecencia
no dudé en sacrificarme...

BRIG. Es buen chico, Soledad,
transijamos.

SOL. Que se casen.

BRIG. Puede usted traer claveles
sin ocultarse de nadie.

SER. Y yo estoy haciendo falta,
por lo visto, en otra parte.

BRIG. Usted dé gracias á que
ya voy sintiéndome padre.
Este es mi ramo. (**Entregándole á Soledad.**)

ART. Este el mío. (**Id. á Dolores.**)

SER. Y este el mío, y vá á secarse.

BRIG. Claveles dobles; lo mismo
que será doble el enlace...

SER. Y doble plancha la mía,
si no tuviera á quien dárseles.
(**Al público.**)
Yo con ellos no me voy.
No me abandonen crueles
en la situación que estoy.
Por una palmada, doy
este ramo de claveles.

TELÓN

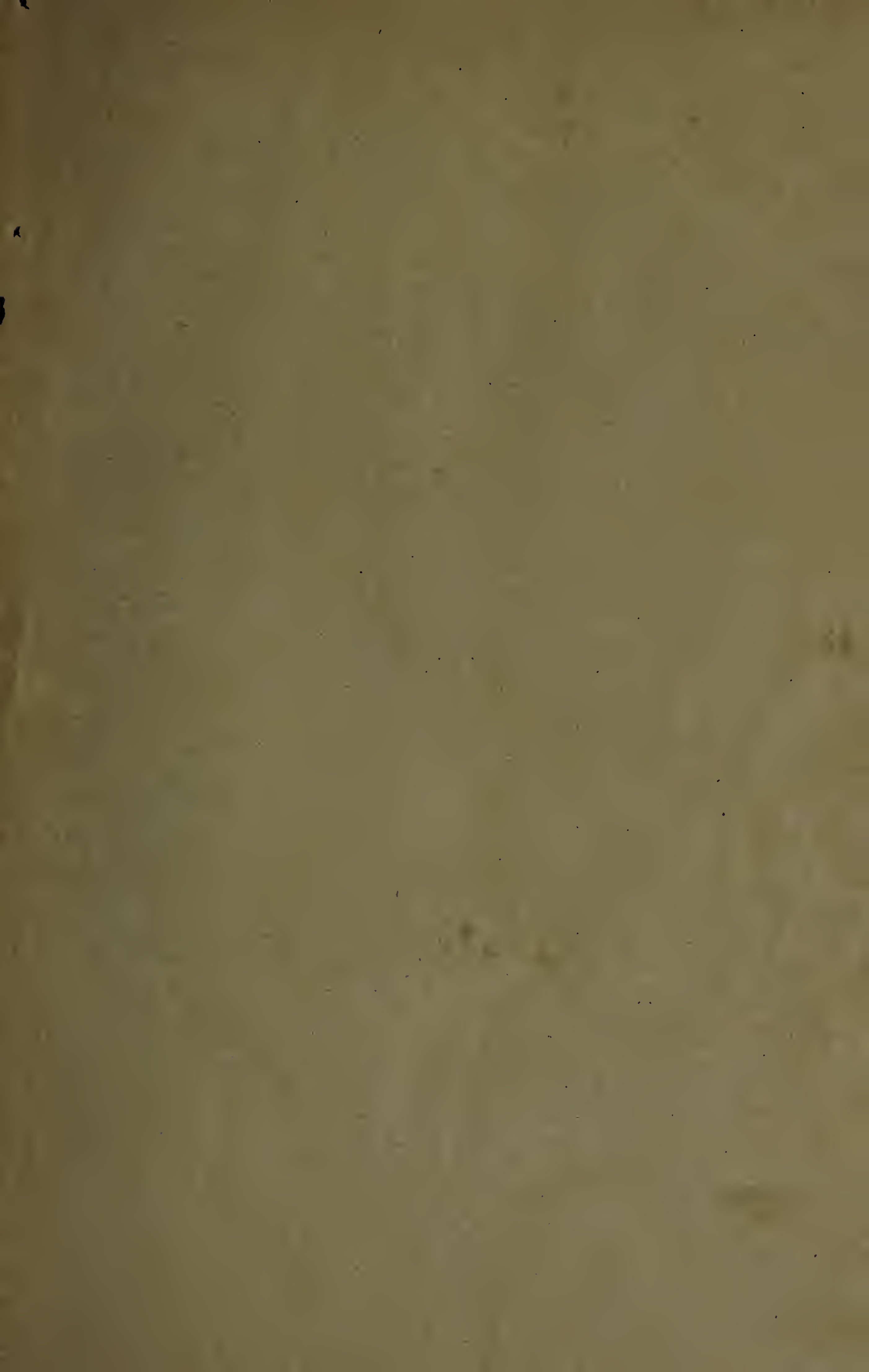
OBRAS DEL MISMO AUTOR

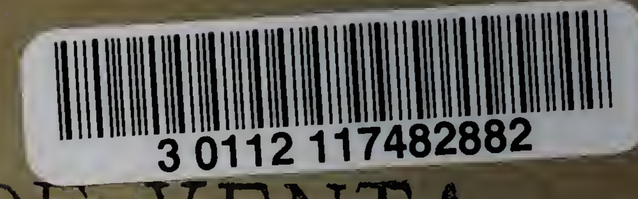
A vista de pájaro.
«El Gorro Frigio.»
Un vaso de agua.
Boulanger.
Panorama Nacional.
Pan de flor.
Calderón.
Claveles dobles.











PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; pe *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.